

idóneos para hacer florecer las ciencias que se creía obligado á proteger. Así el elector, en vez de desterrar á Lutero ó de enviarle á Roma, tomó en su favor aquel grado de interés, que no solo le precipitó en el cisma y heregía, sino que contribuyó infinitamente á la perversion de toda la Alemania.

El heresiarca viéndose apoyado, y previendo sin embargo su condenación en Roma, donde el legado escribía al elector que iba á juzgarse esta causa, no obstante su apelacion al Papa y todas sus protestas de sumision á la autoridad pontificia, produjo un acto nuevo, en que, afirmando que el Papa Leon no era mas infalible que San Pedro que fué reprendido por San Pablo, apelaba de todo lo que Roma pudiese hacer contra él al concilio general, que es, añadía, superior al Papa.

La muerte del emperador Maximiliano, que aconteció algun tiempo despues, el dia 12 del año 1519, facilitó mucho las maniobras del heresiarca. Este príncipe conocido especialmente por su carácter lleno de contradiccion, laborioso y negligente, obstinado y fácil, emprendedor é irresoluto, el mas avaro y el mas pródigo de los hombres: Maximiliano tenia no obstante una adhesion incontrastable á la fé de sus padres, y mucho celo por el honor de la Sede apostólica. El momento en que faltó fué tanto mas funesto á la Religion, quanto el gran protector de Lutero, vicario nato del imperio como elector de Sajonia, quedaba hecho arbitro del gobierno germánico. Esta circunstancia fué la que sirvió principalmente para fortificar el partido del novador y estenderle tan rápidamente. Bien pronto se habló de él en todos los países de Alemania como de un apóstol suscitado por Dios para remediar los abusos que infestaban la Iglesia, y para restablecer á los fieles en la pureza y santa libertad del Evangelio. Esto le hizo tan orgulloso, que apenas quiso dar oidos al nun-

cio Miltitz, noble sajón, comisionado del Papa, cuyo camarero era, para presentar por honor la rosa de oro al duque Federico, y suplicarle negase su proteccion á un herege ya declarado; mas no solo perseveró el duque en una adhesion tan poco razonable, sino que recibió el presente del Papa con una indiferencia que rayaba en desprecio. Este sectario, que no siempre habia observado la pureza del Evangelio, conservaba un secreto rencor contra el Papa Leon, por no haber concedido á un hijo natural suyo las bulas gratuitas para un beneficio (1).

En cuanto á la conferencia del nuncio y de Lutero, Miltitz tomando en ella un medio enteramente contrario al del cardenal Cayetano, á quien se acusaba de dureza, hizo conocer que un exceso jamás se enmienda con el exceso contrario, y que el espíritu orgulloso de los hereges es mas difícil de ganar por la lisonja que por la firmeza y aun por el rigor mismo. Le alabó con bajeza y le trató de un modo enteramente indigno de su carácter, pues llegó al extremo de sacrificarle el dominicano Tetzal, que tenia á lo menos el mérito de haber sido el primero en combatir al heresiarca. Reprendiendo á este religioso los abusos y disturbios que habia ocasionado, le habló en términos tan ásperos y aun injuriosos, que le abismó en una tristeza que le causó la muerte, moviendo esto á compasion aun al mismo Lutero. Sin duda nada adelantó el nuncio con esta política: todo lo que pudo conseguir se redujo á que Lutero escribiese al Papa una carta de sumision, ó por mejor decir de atención, en la que despues de exaltar la potestad pontificia haciéndola superior á todas las cosas, menos á Dios, concluía declarando en términos formales que jamás se retractaría. Empeñó además de esto el nuncio al capítulo general de los agustinos

(1) Pallavic. t. 4, c. 13.

de Alemania, que se celebraba entonces en Sajonia, á que solicitase que este fraile extraviado volviese al gremio de la Iglesia; pero este medio de súplica y de deferencia solo sirvió para hacerle creer que se le temía. De aquí resultó una segunda carta al Papa tratándole como á su igual, y casi como á inferior, queriendo si concederle la paz, pero con la condicion de que no le hablase mas de retractar cosa alguna de cuanto habia proferido ó escrito, ni de reconocer otra autoridad que la palabra de Dios, «que nos ha dejado, decía, una libertad perfecta, contra la cual solo puede atentar la tiranía.»

El imperio vacante tenia por competidores á los reyes de Francia y de España, que no se ocultaban uno á otro sus pretensiones opuestas, y que las sostuvieron con una nobleza de sentimientos, ó á lo menos de conducta, que nada dejó que desear antes de la decision. Francisco I, con la probidad y franqueza que le eran naturales, comunicó su designio á Carlos V, su concurrente: le representó que aspirando los dos á un cetro poseido en diversos tiempos por sus predecesores respectivos, y administrado por unos y otros para bien de los pueblos, no debían sus hijos ascender á él con otros fines: que una concurrencia permitida no debía injuriar ni á uno ni á otro, ni debilitar los vinculos de amistad que los unian. En la situacion peligrosa en que se hallaba la Alemania, agitada en lo interior por las facciones, y amenazada en lo exterior por los turcos, Francisco tenia muchas cosas que abogaban en su favor: tales eran su valor y sus triunfos militares, su buena fortuna y la conducta prudente que habia tenido hasta entonces; pero estas mismas consideraciones fueron las que dieron lugar á la mas fuerte oposicion, pues se temió que llegase á ser demasiado poderoso y que subyugase la Alemania. Carlos por el contrario, prin-

cipe jóven de veinte años, naturalmente serio y reservado, pasaba entonces por un talento mediano, poco valiente, y por lo tanto mucho menos temible: tenia además la ventaja de ser de estirpe alemana y de poseer Estados en la baja Alemania. Sin embargo, Leon X, que tenia que mezclarse en los negocios de primer orden, se esforzaba á separar del imperio á estos dos grandes competidores, temiendo que su poder trastornase la Italia, en donde Carlos poseia el reino de Nápoles y Francisco el ducado de Milán.

La corona imperial, segun Erasmo (1), fué ofrecida por todos los demás electores al duque Federico de Sajonia; y este príncipe no obstante su inclinacion á la heregía, la rehusó generosamente y propuso al rey de España como el mas propio para ceñirla gloriosamente. Carlos V fué en efecto elegido emperador en Francofort, en 28 de junio de 1519, y coronado en Aquisgran en 25 de octubre del año siguiente. En reconocimiento hizo presentar á Federico treinta mil florines de oro, y este príncipe tuvo la generosidad de no admitirlos. Y habiéndole suplicado que al menos permitiese distribuir diez mil á sus familiares, respondió: «dueños son de recibirlos, pero los que tomen un solo florin, no estarán al dia siguiente en mi servicio.» Apenas hubo dado esta respuesta, partió inmediatamente para evitar que se le importunase mas. Tales son en el protector de Lutero las cualidades recomendables, á las que hacemos gustosamente justicia, pero que un fantasma de reforma llegó á depravar. Los grandes y los sabios cayeron igualmente en este lazo. Entre los últimos, Felipe Melancton fué la primera víctima de la sorpresa, y persistió en la ilusion con la mayor constancia, á pesar de todas sus

(1) Erasmo. 13, Epist. 4.

perplejidades y remordimientos. Este joven, nacido en 1497 en el palatinado del Rhin, y recientemente llamado por el duque Federico para enseñar el griego en Witemberg, era suave, moderado, grande humanista y muy aplicado al estudio de las lenguas sabias: estaba poco versado en las antigüedades eclesiásticas y en la sólida teología; pero inclinado, sin embargo, á profundizar en las especulaciones abstractas de la Religión, era atormentado desde algun tiempo antes por las contrariedades aparentes que habia hallado en la lectura superficial de los santos Padres. En tiempo de Melancton, muchos predicadores no predicaban mas que indulgencias, peregrinaciones, limosnas hechas á los monasterios y otros ejercicios fructuosos para aquellos ministros interesados, que parece reducian únicamente á su práctica toda la Religión. Lutero por el contrario lo atribuía todo á Jesucristo, como es justo, pero no segun la doctrina de la Iglesia, la cual, sin quitar todo absolutamente al hombre, mira como un efecto de la gracia todo cuanto hace de bueno en el orden de la salvacion, hasta el buen uso de su libre albedrío. Lutero, el orador mas vehemente de su siglo, manifestaba sus nuevos pensamientos bajo el aspecto mas original y sorprendente, los revestia de sentencias y de figuras encantadoras y de todos los adornos de su lengua nativa y se atraia los aplausos de todo el mundo. Así pues Melancton, sencillo y crédulo, como la mayor parte de los buenos ingenios, se sintió como arrebatado por un hechizo invencible. Lutero le pareció superior á todos los hombres, un varon suscitado por Dios, un verdadero profeta. Hasta entonces habia tenido el heresiarca una vida arreglada, y conservaba el lenguaje de la devocion que daba á entender haber cultivado con bastante buena fé en el claustro. Sus afectos de envidia y de soberbia, su audacia y su

obstinacion indómita, se ocultaban todavia bajo la máscara del celo, pues si proponia dogmas asombrosos se sometia al Papa, y reclamaba el concilio, que él decia estaba reclamando toda la cristiandad hacia ya siglos enteros.

Para conocer, en fin, todo el peligro de la tentacion en que cayeron tantos literatos despues de Melancton, y para precavernos contra esta especie de peligros que se renuevan en todos los siglos, traigamos á la memoria los principios de las doctrinas jansenistas proscribas por la Iglesia. ¿No se cubrian, como el luteranismo y la impiedad naciente de los sacramentarios, con el velo especioso de la regularidad, de la justicia cristiana, de la caridad pura, y hasta del gusto de las letras y de la elegancia de la dicion? Pero ¿qué de trabajos, qué de solicitudes y circunspeccion, qué de perseverancia no han sido necesarios, sin embargo, para disipar, ó á lo menos para desacreditar la inaudita pretension de que se puede tener la fé sin la sumision á las decisiones de la Silla Apostólica, cuya autoridad debe perpetuarse sin interrupcion hasta el fin de los siglos?

Melancton, á la verdad, experimentaba agitaciones continuas y remordimientos crueles, al ver los excesos á que Lutero se precipitaba, y como él decia, la cólera de este implacable Aquiles, las fogosidades horribles de este nuevo Mario. Veia á todos los fieles sublevarse contra este extraño reformador, sin exceptuar aquellos que pretendian como él enderezar la Iglesia. Veia aniquilarse el ministerio eclesiástico, sucederle la tiranía y la mas funesta anarquía, arruinarse toda la disciplina, quedar el sacerdocio avasallado á la magistratura, hervir mil sectas impías bajo el estandarte de la reforma, desencadenarse la discordia, preparar sus armas la rebelion, y asolar á todo el orbe cristiano los partidos y las guerras civiles. Esta sola perspectiva le partia las en-

trañas (1), y por eso en lo sucesivo se le oyó invocar la muerte á cada instante. Sus ojos no dejaron de derramar lágrimas durante el largo curso de treinta años; «y el Elba con todas sus ondas, nos dice él mismo (2), no habria podido prestar bastante agua para llover tantas desgracias.» Pero su genio subyugado le arrastraba detrás de Lutero; y aunque no le podia disculpar ni sufrir, era siempre su ídolo. Tanto importa en materia de fé tener el alma libre de preocupaciones, respecto de los maestros mas famosos por su saber y aun por su virtud.

Lutero, en el principio de su rebelion contra la Iglesia, atrajo igualmente á sí á Andrés Bodenstein, llamado comunmente Carlostad ó Carlostadio, por el lugar de su nacimiento en Franconia. Aunque era canónigo, arcediano, profesor de teología en Witemberg, y dean de esta universidad, donde habia dado la borla de doctor á Lutero, era tal su ignorancia ó estravagancia, que llegaba á ser falta de sentido comun. No es menester otra prueba que el modo con que esplicaba las palabras de la consagracion, y cuyos absurdos manifestaremos oportunamente mas adelante (3). Por último, era insolente y grosero, de una cólera brutal, artificioso sin embargo, inquieto y enredador, sin piedad, sin humanidad, y mas judío que cristiano, segun Melancton, que fué naturalmente moderado. Contrajo amistad con Lutero desde que le oyó predicar contra las indulgencias.

En el mismo tiempo y con la propia ocasion de la publicacion de indulgencias, Ulrico ó Uldarico Zuinglio, echó en la Suiza, su patria, los fundamentos de la secta de los sacramentarios. Este joven disipado y audáz, que despues de haber servido algun

tiempo en la carrera de las armas habia abrazado el estado eclesiástico, no tardó mucho en arrepentirse de una obligacion que le estrechaba al celibato, al cual no podia acomodarse, como lo dice descaradamente en sus obras; y así luego que oyó hablar de la libertad evangélica predicada por Lutero, abrazó de todo su corazon esta doctrina cómoda, pero sin declararse todavia abiertamente. Aguardó á dar este paso en Zurich, cuando una especie de elocuencia que habia recibido de la naturaleza y que consistia en enunciarse con facilidad y limpieza, hizo se le llamase de un curato de aldea al curato principal de aquella ciudad. Entonces esparció públicamente los nuevos errores y aconsejó la lectura de los escritos de Lutero, de quien luego llegó á ser uno de sus mayores adversarios, porque tomó una ruta del todo contraria á la de este heresiarca con el fin de salir de su clase subalterna y hacer el papel de jefe de partido. No solo aniquiló el dogma de la presencia real y todo cuanto Lutero habia conservado del culto cristiano, sino que por defender el libre albedrío vino á caer en el pelagianismo, y colocó en el cielo, al lado de Jesucristo y de la Santísima Virgen, á Hércules, á Teséo, á Sócrates, á Numa, padre de la idolatria romana, á Scipion, epicúreo, á Caton, suicida, con una multitud de adoradores é imitadores de los falsos dioses. Zuinglio, cuya vehemencia le hacia parecer entre los suyos otro Lutero, necesitaba de un Melancton y le halló en Oecolampadio.

Erasmó tenia muchos talentos y celebridad para que dejase de ser buscado sucesivamente por estos gefes artificiosos de partido. Este holandés, del talento mas bello y el hombre mas sabio de su siglo, á quien se debió principalmente la restauracion de las letras humanas, el arte de la crítica, el gusto de la antigüedad, y que fué de los primeros que trataron las materias de la

(1) Lib. 4. Epist. 240.

(2) Lib. 2. Epist. 202.

(3) Zuinglio, Epist. ad Matth. Alber.

Religion con la dignidad conveniente, era natural de Rotterdam, abrazó casi á su pesar la vida religiosa en los canónigos reglares de Stein, y luego fué ordenado sacerdote por el obispo de Utrech. Recorrió despues las escuelas mas célebres de Francia, Inglaterra é Italia, donde estableció relaciones de amistad con todos los sábios de Europa y ganó el aprecio de los grandes mas dignos de estimacion. Obtuvo del Papa Julio II la dispensa de sus votos, y Paulo III concibió el designio de hacerle cardenal; pero Erasmo, apasionado únicamente por las letras, no quiso dar paso alguno para ascender á esta dignidad. Tenia tan poca ambicion, que rehusó las grandes ventajas que el rey Francisco I, tan liberal con los sábios, le ofreció para fijarle en Francia. Revestido por Carlos V del titulo de consejero de Estado, con una pesion de doscientos florines, se estableció en la ciudad de Basilea, donde pasó la mayor parte de sus dias. Su nacimiento fué tan oscuro que no se le conoce con otro nombre que el que recibió en el bautismo de Didiero ó Deseado, que segun el uso de los sábios de su tiempo le trasladó en griego por la palabra Erasmo. Asi tambien Melanchton cambió su nombre aleman de Schwartzerd, que significa tierra negra.

Un hombre del mérito y reputacion de Erasmo era un refuerzo precioso para Lutero, el cual no omitió ofertas lisongeras y testimonios de estimacion para atraerle á su partido. Erasmo le respondió cortesmente, mas sin comprometerse. Dióle además lecciones de modestia, de caridad y de moderacion; exhortándole sin embargo á no caer en la ignorancia y en las preocupaciones de muchos predicadores de su tiempo, lo cual pudo parecer sospechoso en aquellas circunstancias y sublevó contra él muchos católicos celosos. Habíanle reprendido ya muchas bufonadas poco religiosas, censu-

ras muy libres contra los Padres, y notas equívocas sobre la Escritura santa; de tal manera, que pasaba por vacilante en la fé, por haber llegado hasta suministrar á Lutero los materiales de su heregia; por lo que se decia vulgarmente, ó que Lutero era erasmiano, ó que Erasmo era luterano. Sin embargo, él se defendia de estas acusaciones, y se quejaba de ser infamado por los alemanes como enemigo de la faccion luterana, mientras que el partido católico le tenia por luterano (1): destino comun á todos aquellos que quieren avenirse bien con dos partidos contrarios, cuando la neutralidad es tan digna de vituperio como segura cosa es que la fé prevalece al fin sobre el error. Erasmo siguió al principio este plan vicioso, y favoreció al novador sin querer no obstante separarse de la Iglesia. Instado muchas veces á escribir contra la heregia naciente, pues le imponia una obligacion de egecutarlo la sola celebridad de sus talentos, se escusó de ello alegando razones bastante frívolas. Decia que le causaba temor el irritar á un hombre violento á quien apoyaban muchos soberanos: que no tenia bastante conocimiento de sus escritos, cuando en cada página de ellos se veia con indignacion rebosar la impiedad; y que se le acusaria de un falso amor de gloria y de sentimientos cobardes si combatiere contra un enemigo ya humillado. Y cuando este enemigo de la Religion se hallaba ya efectivamente humillado, cubierto canónicamente de infamia, por haberse condenado á las llamas sus libros, escribia el escrupuloso Erasmo que no se atrevia aun á vituperarle ni á defenderle, hallaba en sus obras avisos y documentos preciosos, y le reprendia simplemente de darlos de un modo muy duro y de quebrantar las leyes

(1) Erasm. I. Epist. 1.

de la prudencia mas bien que las de la piedad (1).

Sin embargo, luego que vió el cisma absolutamente declarado, escribió contra su autor; pero por espacio de mucho tiempo todavía con timidez y con una baja política. Explicábase con mas energía cuando trataba de él familiarmente con los católicos, en cuya comunicacion tuvo siempre el cuidado de mantenerse, y de los cuales muchos le colmaron de magníficos elogios; pero hubo tambien otro crecido número de ellos que se recelaban de él y atribuian únicamente al deseo de gloria la firmeza con que al fin se declaró contra Lutero y sus secuaces: juicio ó preocupacion que fué largo tiempo la opinion dominante de los varones mas piadosos y venerables. Tal es el premio de esos excesivos miramientos en favor de los corifeos de secta y de partido. El tiempo, cuyas pruebas solo la verdadera fé puede sufrir, rompe la venda de los ojos de la posteridad, cae la máscara de la hipocresía, la heregia se descubre con todos sus atributos, y por un aplauso efímero gozado entre aquellos que le fueron adictos, se incurre en una infamia eterna ó se forma á lo menos una reputacion equívoca por siglos enteros.

Juan de Eck, llamado comunmente Eckio, menos célebre que Erasmo en las bellas letras, pero excelente teólogo, lleno de erudicion, de sagacidad, de facilidad en producirse, y sobre todo de un celo magnánimo que no se desmintió jamás, ha dejado una reputacion del todo diferente (2). Carlóstadio, muy adicto todavía á Lutero, cuyas primeras conclusiones combatió Eckio, tomó la defensa de estas aseeriones escandalosas; y en su apologia pidió al doctor ortodoxo una conferencia pública. Fué aceptado el desafío, y señalada la ciudad de Leipsick para lugar de la disputa. El obispo de Mersbourg, en calidad de diocesano, quiso impedir un certámen en que se esponia de algun modo la causa de la Religion al juicio del pueblo; mas deseándole con intenciones rectas el príncipe Jorge de Sajonia, primo hermano del elector, y señor de Leipsick, se creyó que se podia sin peligro hacer excepcion de la regla general y comunmente muy fundada. Esta esperanza no fué engañosa: sin embargo, Lutero, ya por no creer el partido igual entre Carlóstadio y el docto Eckio, ó ya porque su orgullo no queria triunfo en que no pudiese ser el héroe, se presentó al combate acompañado de Melanchton y de algunos otros admiradores; pero su presuncion no tuvo motivos para lisongearse de ello.

Carlóstadio fué al momento vencido; y volviendo tres veces al combate, otras tantas vió confirmarse su derrota y agravarse su oprobio. Habia tomado el libre albedrio por materia de la disputa, y fué forzado hasta el absurdo de sostener que esta facultad, despues de la caída del primer hombre, no podia hacer mas que lo malo sin la gracia, no solo sin la gracia llamada actual, sino tambien sin el hábito de la caridad ó de la gracia santificante; de donde se le reducía á concluir que todo hombre que no está en estado de gracia no puede menos de pecar ó, como sus intérpretes modernos lo han explicado despues, que todas las obras y hasta las oraciones del pecador son nuevos pecados. En cuanto á la práctica del bien, le llevó de consecuencia en consecuencia hasta decir en términos formales, que la voluntad solo contribuye á él como recipiente de la gracia, la cual le obra sola en el hombre y aun de tal suerte que no hay alguno, por justo y santo que pueda ser, que no peque hasta en las buenas acciones que Dios hace en él. Como se habia convenido

(1) Id. Epist. 2.

(2) Cochl. de Act. et Scrip. Luther, ann. 1519.